

Magali Alabau

# VOLVER



**BETANIA**



VOLVER



MAGALI ALABAU

# VOLVER

Prólogo de Ileana Álvarez

editorial **BETANIA**  
Colección BETANIA de Poesía

Colección Betania de Poesía  
Dirigida por Felipe Lázaro

Portada: *Volver* (2012), de Sylvia Baldeón.

© Magali Alabau, 2012  
Editorial Betania  
Apartado de Correos 50.767  
Madrid, 28080, España

I.S.B.N.: 978-84-8017-313-1  
Depósito legal: M-17659-2012

Imprime Publidisa

Impreso en España - Printed in Spain

## LA TRAVESÍA

Los mundos dramáticos que Magali Alabau ha construido a lo largo de su creación poética alcanzan en *Volver* una máxima expresión. Cuando ha llegado al clímax, quizás sólo le queda, entonces, este juego peligroso del retorno, un viaje que es en sí una forma de retomar su pasado y, por tanto, afirmarse. Que toda separación elabora un enlace, parece demostrarlo aquí, como lo ha afirmado Simone Weil —*Every separation is a link*—, incluso cuando esto implique tratar de comunicarse a través de un muro infinito de contradicciones, recuerdos y miedos, profundas batallas; incluso cuando deba superar oscuros abismos que laten en la memoria, pues siempre trascenderá con sus signos el interés de encontrar o producir ese necesario enlace hacia adelante, configurar un nuevo peldaño.

El yo y el otro, el doble que habita como antagonista, complemento y sostén, parece ser una obsesión en la poesía de Magali Alabau. Ya aparecía como centro temático de su anterior libro, *Dos mujeres*, en múltiples gradaciones, y aquí no le abandona. Aunque esta vez muestra nuevas texturas, arribando a vértices metafísicos. Todo libro es de alguna forma para su autor un libro necesario, pero los hay que lo son más. Cuando ha cumplido un largo trayecto vital y creativo, la poeta cubana hace reverberar la niebla de la palabra para ofrecer un poemario imprescindible en la conservación de su integridad, luego de experimentar la herida del destierro. Dice: «*Ahora ya soy / la exiliada del mundo*», y esto inevitablemente nos hace recordar versos de Raúl Hernández Novás y en especial la definición dada a aquella mujer ideal, Gelsomina, personaje de la película *La Strada* de Fellini, llamada por él «*la exiliada del mundo*». ¿Pura coincidencia? Vasos comunicantes que tienen el denominador común de un cerco social, exactamente un disparo, autoinfligido en el caso de Novás. Tal vez no sea más que otra forma de aflorar el signo de un destino manifiesto, el de un momento de la cultura y la historia, pero también el de un pueblo específico, pues el problema del exilio, además de inscribirse en la naturaleza insular de la tragedia de Cuba, cuando en este país se ha cebado en generaciones arrasadas por el conflicto de la revolución, es en última instancia esencialmente una condición espiritual que compete a la poesía universal. No de otra forma puede sublimarse *grosso modo*

esta tragedia particular, la de una persona, la de un pueblo como el cubano, hasta hacerse metáfora comprensible a los ojos de un lector desprejuiciado, libre de ataduras temporales, como una lectura de un relato cosmogónico o un misterio órfico, el del constante renacimiento que alcanza la iluminación desde las cenizas.

A darle cuerpo a esta gramática de los sentimientos se va a dedicar la poesía de Magali, que viene de regreso desde lo general y más abstracto, desde los grandes dilemas humanos —asimilados por su lectura de los textos clásicos y por su formación teatral—, al dilema cotidiano, al extracto de la vida que significan las minucias, el poso del café y las sobras del diario existir; vestigios que pueden quedar apenas para representar el mayor escenario al que un individuo haya pertenecido. Su poesía, lejos de apocarse, gana en fineza y poder de sugestión, en la medida que la voz de un estro trágico se va transparentando con las resonancias y los ruidos que traen los días, la cotidianidad más simple, hasta sentir hablar a una mujer, verla habitar el texto alambicado hasta el puro hueso con la fuerza dramática de quien escoge lo auténtico indispensable para poner orden en el caos de la neurosis de la modernidad, y expresar su verdad en términos minimalistas: «*Exilio, esa palabra ex ex X / xilio ilio hilo, hilo cortado*».

Pero se impone, no obstante, esa trabazón con lo mundano y trivial del diario acontecer, del énfasis en lo doméstico, el aliento de las heroínas trágicas; y esta respiración se manifiesta siempre como una expresión de dignidad, siendo, desde las propias quebraduras de que nos hace partícipes, autoafirmación, jamás el derroche que conduce al desamparo y al desdibujo identitario. La poeta despojada de toda vestimenta, penetra en el bosque espeso de sus recuerdos, y la escuchamos por veces extraviada, alucinada, interrogándose y asaeteando: «*¿Qué pasos siguen los perdidos?*», «*¿Qué soy en esta bruma?*» En su viaje, no está sola, perdura el diálogo inquisitivo, provocador, con el lector y consigo misma, que aspira, más que a escuchar una respuesta, a elaborar nuevas preguntas incluso más difíciles. Así, en la medida que avanza con su coloquio entre los árboles y las criaturas que pueblan su «selva oscura», se sumerge en un lirismo sorprendente e impactante por la fuerza de sus imágenes, plasticidad y dramatismo, sin renunciar a la objetividad: «*¿En qué mancha yo vivo? / ¿En qué álbum de las manchas / del colchón?*»

En pocos poetas cubanos actuales he visto esta efectividad, sincronía alcanzada en el manejo de diversos modos de expresión poética, como en Magali Alabau, lo que la hace portadora de una

manera muy singular de enfrentarse a la «ciudad letrada», peculiar hibridez, distintiva en la poesía cubana que abarca los posibles «adentros» y «afueras» de la Isla. No debe serle fácil al lector abandonar a medio camino este libro, pues la poeta consigue arrastrarnos en su propia marcha, con recursos del drama y la narrativa, el testimonio y la crónica, deviniendo ella misma personaje que se abre como caja de pandora y hace transitar al texto del monólogo a la épica, del canto al fraseo coral, del diario al libro de bitácora. Poema extenso, conformado por poemas de intenso aliento que actúan como un texto único de ritmo entrecortado, a ratos asfixiante, agónico, donde el manejo de la ironía —raya en la autoparodia, el sarcasmo y el cinismo— es audaz y, a la vez que apunta a la lucidez de un sueño más vívido, escalofriante.

Su búsqueda no se limita a tratar de hurgar dentro de sí, explicar su origen o su lugar en el mundo, el porqué de su destierro, pues en realidad no hay desarraigo cuando una persona es apartada por una política excluyente, y expulsada de la vida social y cultural de su país debido a cuestiones tan naturales como las preferencias sexuales o ideológicas —recordemos que a Magali la privaron de sus estudios en la escuela de arte Cubanacán, en 1965, y este proceso de represalias tuvo para ella especial corolario cuando fue condenada a no trabajar más en el teatro, a raíz de su puesta en escena de *Los mangos de Caín*, de Abelardo Estorino—. «¿Tuve un nombre? / ¿Un apellido? / ¿Una dirección completa?», «¿No sé quien soy / despierta ni / dormida?», «¿Dónde vas? / ¿Dónde estoy? / ¿En qué árbol?». La reconstrucción de un rostro a partir de los fragmentos que le devuelve el abismo en que se ha mirado, resulta también de índole expresiva, está muy aposentada en el lenguaje, el sujeto de la poesía intenta dinamitar desde su mismo centro los recursos a los que tradicionalmente se ha sujetado el género —evita las terminaciones elegantes y equilibradas, pues el «ruido» forma parte de su mensaje más claro y significativo—, para dejar al verso en pulsaciones esenciales, primigenias, sin que por ello pierda el dramatismo y la plasticidad a que nos referíamos. Ahora en *Volver* se potencia la comunión necesaria entre la memoria y la palabra que la justifica.

Escarbar en el pasado, quitadas las máscaras, para con ello cimentar un porvenir menos incierto, es otro de los propósitos que se advierten en este poemario. Aquí late la voz del que ha perdido algo más que un sitio propio. *Volver* es un regreso, no por nostálgico, cuestionador, al ayer, a los espacios ensalzados por la dis-

tancia, espacios que ayudaron a llenar unos ojos, que conocieron las huellas de unos pies, humores y asombros, y que ya no existen más allá del lenguaje. Lugares irremediamente vaciados, reprimidos hasta las ruinas; plazas, calles, cuartos, rincones, junto a gestos, rostros sin facciones, cuerpos etiquetados por la sinrazón de la oscuridad y la intolerancia. Asistimos, entonces, a una poética que se empeña no tanto en rescatar como en refundar sobre los laberintos de la pérdida. Magali Alabau invita a un universo transparentado por su expresión (representación) catártica y testimonial. Y este acto violento, que implica una dolorosa travesía hacia el centro de su ser para tomar constancia de sus pensamientos, frustraciones, agonías cotidianas, es siempre de naturaleza amorosa: «Aquí yo, / no pienses que no te abro mi corazón».

Poesía dura y abierta la de *Volver*, como la boca de un pez que dialoga fuera de su elemento con el sol del mediodía, donde la poeta batalla tenazmente por imantar los vislumbres que han quedado desperdigados en la Isla que la vio nombrar, amar y temer. Trozos de su cuerpo y de sus sueños arrojados al mar físico y al mar de la ausencia, que se alzan con pujanza contra los responsables de su partida y de las vejaciones, tan o más profundas, causadas a otros. Esquirlas de su ser proyectadas a la manera de un expresionismo lacerante, como un grito de Munch, pero que ambicionan en lo profundo el enlace cálido con el otro inocente, por supuesto, la caricia.

ILEANA ÁLVAREZ.

En Ciego de Ávila, Cuba, abril, 2012.

---

Ileana Álvarez (Ciego de Ávila, Cuba, 1966). Poeta, ensayista y editora. Filóloga, especializada en Cultura Latinoamericana. Autora de múltiples libros de poesía y ensayo, publicados en Cuba, México y España, entre los que se destacan: *Dulce María Loynaz. La agonía de un mito* (Premio de ensayo Juan Marinello, 2001) y su antología poética personal *Trazado con ceniza* (Ed. Unión, 2007). En 1998 obtuvo el Premio Internacional de Poesía del Frente de Afirmación Hispanista, en México. Ha impartido conferencias y recitales en varias universidades e instituciones de México y Colombia. Incluida en varias antologías de Cuba, México, España, Italia, Francia y Estados Unidos. Realizó la antología de poesía femenina *Cuarto creciente* (Ed. Ávila, 2007) y *Catedral sumergida. Poesía cubana contemporánea escrita por mujeres* (Ed. Letras Cubanas, 2012).

Doy las gracias a Ileana Álvarez, poeta, ensayista y editora, por la lectura y revisión de este texto, así como al poeta Francis Sánchez.

Agradezco a Antonio José Ponte, y al *Diario de Cuba*, la publicación de los poemas que aparecen en *Volver*.

A Joaquín Gálvez le doy las gracias por publicar algunos de estos poemas en el blog *La otra esquina de las palabras* y por su labor en el Café Demetrio dando a conocer la obra de muchos poetas, escritores y artistas.



La memoria es como un espejo fantasma.  
A veces muestra imágenes demasiado lejanas  
y no podemos distinguirlas y a veces las muestra  
como si estuvieran aquí frente a ti.

YUKIO MISHIMA



Tres ajustadores,  
un par de zapatos,  
una saya o pantalón,  
una blusa, un corpiño,  
un par de medias de señora,  
un par de calcetines,  
un pañuelo y nada más.  
Transcurrieron cuarenta años  
para que repentinamente,  
limpiando el piso tan limpio  
este exilio ulterior,  
el autoimpuesto,  
porque de nada vale hablar  
sino se ensaya  
en carne propia, en esas tareas  
diarias, aburridas,  
separadas del mundo,  
de iglesias,  
de amigos,  
tareas ensayadas al *infinitum*  
con olor a extrañeza  
y el suspiro  
de ¿cuándo se acaba todo esto?

En tu patio de nieve ves  
el océano nadado,  
frío ahora, congelado.  
Pero es ese, el mismo,  
acaramelado con un azul brillante,  
lapislázuli turquesa.

Mar cálido reposando mientras  
peces inusitados de oro brillan  
elaborando tus meditaciones.  
No te recuerdo como tierra o isla  
sino un mar extenso, azul claro, perfumado  
de algas que aletean  
a ese mirar tan fijo.  
Hay mesas interminables  
donde examinan los nombres  
de tus antepasados.  
Confiese todos los santos,  
lo que hizo a su madre rimar versos,  
el de su abuelo con su apellido de ferretería,  
ese parco con traje oscuro de tres piezas  
moviéndose despacio, pensando,  
qué hago en estas filas repitiendo mi apellido  
de traidor a la República.  
Abuela en la otra mesa con su perro azafrán  
verborrea emblemas de la espera.  
Cómo irme con tan poca ropa,  
que fui educada en las parroquias  
de las monjas,  
que puedo enseñar esas fotos de Bielsa,  
el fotógrafo famoso de mi pueblo,  
con esa sonrisa sin sonrisa,  
con ese traje blanco sin las ganas  
de mi cuerpo o mis axilas.  
¿Su nombre es Águeda o Francisca?  
Y yo queriendo decir lo que usted quiera.  
No tengo nombre

ni ahora ni después,  
ni antes del diluvio  
ni del tiempo.

Mientras revoloteo en ese lánguido librito,  
pasodoble gris, institución genuina  
que nos hace pasar  
de un lado a otro — ¿y su apellido,  
es con u o con o?

¿Usted por casualidad es pariente  
ahijada, hija  
o la atemorizada terrorista  
sobrina de los Trelles?

No, qué va,  
soy Pérez,  
Pérez de la tribu judía.

Una de las trece tribus, señor.

¿Estoy en dónde?

¿En el laguito donde tiraron a los  
asesinados por Ventura?

¿Por Trotamundos?

¿Por Batista?

Sí, sé la historia del barquito y sus cangrejos,  
de muertos y desaparecidos.

Siempre pendiente de *Bohemia*  
y su página cámblica y roja  
con fotos genuinas.

¿Quién fue aquel tipo  
que causó conmoción en mi espíritu  
que imaginé medio fístula,  
medio partido en dos o en tres

o en porciones cuaternarias,  
debates del recuerdo?  
Y mientras veo el piso secarse en este charco  
de agua, la escoba, la creolina, la limpieza  
diaria, el mismo gesto produzco,  
el mismo asombro de tirar el agua  
igual que en Troya cuando ardía,  
igual que en esos edificios destruidos,  
sin techos, arruinados, donde cualquiera  
observa el desvarío.

Aquí yo,  
no pienses que no te abro mi corazón.  
Mis venas se quedaron pendiendo  
en algún poste de esos que descubres  
diariamente perdido en el espacio.  
Sucumbo como tú a este abismo que es tu piso  
sin muros ni balcón.  
Cuando derribado el primer cristal,  
y la zafra se anuncia como hipérbole  
de una nueva necesidad y desequilibrio,  
miro como tú el paisaje  
con límites marcados para que ni tú ni yo  
podamos encontrarnos.  
Tú quedaste allá, detrás de los cuartuchos  
pulsando cada día, pensando  
si vale la pena levantarse,  
mirando los huecos de paredes  
silenciosas dibujadas por el tiempo.  
Pusiste un pie primero y después el otro mío

y decidiste seguir el hasta cuándo.  
Todo lo dejé.  
Dejé mi disfraz para adquirir otro.  
Dejé mi pesimismo para crecer en este  
cuerpo viajante de joven plenitud,  
vida de alguien que no sabe si ha vivido,  
si quiere vivir,  
si puede vivir.  
Exilio, esa palabra ex ex ex X  
xilio ilio hilo, hilo cortado.  
Es coger la perra ciega entre tus brazos  
apenas oye,  
acompañarla en su rutina diaria,  
querer a alguien de lejos, enviar telegramas  
diciendo yo te quiero, sin atreverme  
a decir yo te deseo  
porque el hilo está cortado  
como si fuera tu médula, tu concilio.  
Cualquier palabra de esperanza quedó allá.  
Ahora el idioma es mucho más suave,  
más chic, más necesario.  
Y ex hilo es decir con voz llena de entusiasmo  
estoy dispuesta,  
estoy lista  
a cambiar esta vida que tenía un idioma,  
que tuvo una manera de decir te quiero,  
que decía y hablaba más o menos,  
balbuceaba tengo miedo  
y ahora no lo tengo  
porque me arrancaron

los recuerdos, las cuerdas vocales,  
los hemisferios del plátano,  
las hecatombes de las frutas cayendo a pedradas,  
las guayabas,  
los mangos.  
En balde buscar en el supermercado,  
siempre digo los aguacates de allá eran más grandes,  
siempre las comparaciones.  
El mamey que no encuentro,  
el tamarindo o la guanábana  
o el batido que tiene un nombre nuevo,  
el de Morir Soñando.  
Y aunque no lo confieses  
cuando vas a New Jersey  
es como un soplido  
de aquel lugar lejano que dejaste,  
escobas y bayetas,  
pastelitos de carne y de guayaba  
y todo ese armario, teatro genuino y ofuscado  
que reprime tristezas  
porque detrás de cualquier mostrador  
se percibe la vigilia de algún negociante,  
porque detrás de los detalles de traer la caña  
a algún punto del mapa,  
desde algún punto del mapa  
nos reunimos en ese pasado inquietante  
que no puede devolverse,  
que no tiene intercambios,  
que no puedes pagarlo en dólares  
ni puedes sustituir con pesos.

Ahora ya soy  
la exiliada del mundo,  
la petrificada en su cubo de agua,  
la que no quiere oír la música de Troya,  
la que renunció a ese acento peculiar,  
alfiler incrustado  
en la piel que desangra,  
a ese abrupto aparecer de las palabras  
que insultan,  
pues allí se decían las verdades,  
se gritaban.  
Aquí todo es tan educado,  
tan tolerado,  
que el recuerdo o el no-recuerdo,  
la sensación y el elefante  
buscan la traducción exacta.  
Yo vine en un barco,  
yo vine en un pozo,  
yo vine en la maleta,  
en el cuadro de aquella pintora tan famosa.  
Yo vine en esas balsas  
atravesando los tiburones,  
sintiendo las dentelladas,  
acurrucada en un bote.  
Vine en casualidades  
y en terciopelos de mentira,  
en dispárense como puedan.  
Y a ti te hablo,  
y a ti te digo  
que tú allá y yo acá

nos hemos quedado  
en espacios que desconocemos.  
Cada labor, cada entrevista,  
cada desborde,  
cada ir al baño,  
cada pastilla  
ha sido no ser,  
no saber dónde vivo.  
Naces en una lengua  
que tiene modulaciones,  
dientes, nariz y cuello.  
De repente te condenas  
a la fragancia sideral  
de tu destino,  
y en un pedazo de papel cualquiera  
escribes  
me cortaron la lengua.  
Mis amigos del *welfare* en Miami  
y de La Pequeña Habana  
la velaron unos cuantos días.  
Mis locos parientes mandaron unas flores marchitas  
y extrañamente alegre  
comencé a decir bajito *yes*  
*yes yes yes yes yes.*

**E**sta idea de irme  
se la debo a George Gershwin,  
a Billie Holiday,  
a Janis Joplin.  
Esta idea de quemar las naves  
se la debo a John Updike,  
a William Faulkner,  
a Fitzgerald  
y a Dos Passos.  
Cuando me faltaban las raciones  
y eran de *baking soda* las frituras  
y llena de miseria  
llevaba compradores de muebles  
a llevarse los vestuarios  
y las joyas a escondidas,  
me elevaba  
esa música de un país  
lleno de nostalgia.  
Cuando esperaba  
esa noticia milagrosa  
telegráfica y telegrafiada  
que daba el sello a mi destierro,  
era Gershwin con sus  
acordes victoriosos  
quien me animaba  
a pensar  
en el futuro.  
Sentada en el sofá,  
en uno de esos muebles  
que nunca fue intercambio

de unas libras de arroz  
o de unos huevos  
esperaba que Billie  
entrara  
en la sala sin luz.  
En cualquier momento  
cantando alucinada,  
me despertaría  
avisándome del fuego  
que uno de sus cigarrillos  
dejara en el colchón.  
Y aquel fuego  
provocado  
por eso de no saber  
dónde, vida, me mandabas,  
a qué cuarto,  
a qué antro,  
aquel fuego  
reforzaba la idea  
de esa grandeza innata  
del lamento.

*Summertime* en mi maleta  
escasa,  
con ese monedero  
tan vacío  
en ese registrar en vano  
de qué es lo que permiten  
que una lleve.  
Me quitaron

lo irremplazable.  
Todo lo que yo quería  
lo dejé en esos  
días de verano,  
días calurosos de plazas  
y bosques en La Habana,  
esa gloria del mar  
y el malecón entero.  
Dejé todo en esas casas,  
dejé rostros que no extraño  
pero que quise o aún quiero.  
Dejé esas noches  
de paseos sin rumbos  
tocando las ceibas  
del camino,  
dejé la risa en esas  
piscinas del hotel  
Havana Hilton  
que Janis  
me hacía recorrer  
de arriba abajo  
sin pensar siquiera  
que el hambre me asediaba.  
La espera,  
aún el tocadiscos toca  
y aún la presidenta del comité  
pregunta:  
¿Anoche no hubo un fuego  
en el departamento?  
Y le miento a todas anchas

porque en esa fecha  
y en esas omisiones  
estaban todas las mentiras  
perdidas de mi vida.  
Era un ensayo — le decía  
de una obra teatral,  
no, no era fuego real  
de esos prendidos  
por el ocio  
o por la angustia.  
Y cada vez que concurría el miedo  
a que me encerraran en esos calabozos,  
específicamente del Morro de La Habana  
o en la Villa Marista,  
me decía confesaré enseguida,  
a mí que no me enseñen  
los instrumentos,  
que ni tres perros,  
confesaré enseguida.  
Miento.  
Me escapé.  
No soy hermana de esa  
ni de la otra.  
No tengo a nadie que me reclame.  
He inventado un drama,  
un buenísimo drama,  
que soy hija adoptiva  
de alguien inexistente,  
que soy la hija de Isis,  
de la metrópoli,

del sol,  
del siglo de las luces,  
del quiero irme a otro planeta,  
que estoy al vuelo  
con esas notas  
altaneras  
que me dictan  
los triunfos  
que me esperan,  
que me dicen que cabalgue  
a Waterloo,  
que me sumerja  
en el mar,  
que vea los peces  
de colores,  
que haga como ellos  
y escape a las pirañas.  
Que sí, que si puedo escapar  
por ese invento  
invento, invento.

Cuando me fui de Cuba  
subí a ese avión  
casi borracha,  
sin vino  
y sin licor.  
Recuerdo que rezaba  
*run, rabbit, run*  
*run, rabbit, run.*  
Me fui de la prisión

que más quería  
para hacerme, al fin,  
ciudadana del mundo.  
En esa caminata  
entre la pecera  
y las alas del falcón libertario  
donde abandoné todos los amarres  
porque me halaban  
los zapatos  
oí a Gershwin,  
oí a Faulkner.  
Para romper con esos ligamentos  
de mi infancia  
y dejar crecer la culpa  
me puse en los oídos  
algodones del Norte.  
Atrás dejé los taconcitos,  
las faldas,  
los ajustadores,  
las risitas,  
el disimulo  
y la condescendencia,  
y Janis, riéndose  
y haciendo señas me gritaba  
obscenamente, muérete  
andrajosa, muérete  
y olvida.  
Vive este círculo  
de música,  
de cigarrillos,

de libertad restregada que hasta  
los negros tienen.  
Desvístete,  
quítate el colcrín  
y el maquillaje,  
rómpete en dolor  
y acompáñame  
en este desafío  
a mi hotel  
donde te enseñaré cómo se muere.

La forma desaparece.  
La música dispara más que algún  
revólver.  
Devuelve a ese ángel  
esa otra llave  
que nos da la salvación.

En el avión,  
cuando sirvieron Coca-Cola  
creí que era champán.  
En ese momento tan triste,  
tan desgarrador,  
en que mis conciudadanos  
pasajeros  
guardaban cartuchitos  
de la tierra en que nacieron,  
me dije,  
al fin el mar,  
mar azul,

mar de Gershwin,  
mar de mis sollozos,  
mar de la historia,  
mar azul de libertad,  
mar de amor  
donde puedo  
ser lo que soy.  
Mar de Janis,  
mar de Faulkner,  
mar de Sylvia Plath,  
de Anne Sexton  
y de todos los muertos,  
mar,  
al fin, mar.

**V**olví,  
fui a revisar  
lugares, intersticios,  
lagunas,  
olvidos, escuelas,  
maestras y recuerdos.  
Visité las cuadras donde caminaba,  
medí la anchura de las calles,  
pasé frente al colegio que no existe,  
busqué el portón de entrada  
y de nuevo el miedo a que  
cerraran  
las aldabas y yo  
dentro, penitente  
castigada.  
Una vez más entré a los patios  
de verdes plantaciones,  
de sol cubriendo  
la explanada.  
El Apostolado,  
las Teresianas,  
las Dominicanas Americanas,  
tres ciudades  
donde niñas pudientes  
iban  
a aprender  
el *mea culpa*.  
*Sister* Rose Marie,  
la directora, con hábitos  
girando contra el viento

seduciéndome,  
apuraba las horas  
con himnos y alabanzas.  
*Sister* Reparata,  
la más vieja,  
arrastraba  
el rosario como un péndulo,  
su rictus de hiel y de amargura  
buscaba el perdón entre los pasos.  
Sus uniformes negros,  
sus vaivenes  
eran órdenes y edictos,  
olas de ira y lluvia almidonada.  
Más tarde se asentó la oscuridad.  
Tuve que resignarme  
a esa muerte frecuente que nos visitaba.  
Primero abuelo, un don  
que poseía la elegancia  
de los que no gastan palabras,  
de esos que atienden las vicisitudes  
de los hombres.  
Envuelto en su traje de tres piezas,  
su rostro grisáceo piel de arena  
era un fiel monumento del silencio.  
Abuela era la jefa,  
la dominante esfera de la casa,  
histérica endocrina,  
cuadrada con su perro Sultán entre las piernas,  
sus labios punzantes color rojo  
rezaban y ordenaban.

De la mano caminábamos  
las creches,  
la eternidad y los cines.

Fui a verla  
antes de irme hacia el marasmo  
y el desorden.  
Tuve ilusiones que un milagro  
ocurriera, que pudiera  
llevarla en la maleta  
sin ningún pasaporte,  
invisible,  
sin que notaran  
su edad, su negrura  
y su ceguera.  
Allí fui a su cuarto  
a confesarle  
mi falta de voluntad,  
mi desprecio al sacrificio.  
A decirle que a pesar  
de tan desamparada,  
sin ojos y con todos los recuerdos  
intactos de mi infancia,  
yo no podría llevarla  
a mi futuro.

Irse,  
abandonar  
los cuidados, la deuda,  
romper con todo,

apartarse y correr,  
hacerse el sordo.  
No quedarme enterrada  
en las celdas y urnas  
de un pueblo  
y de una casa,  
entre telas y arañas  
de silencios sin triunfos,  
rodeada de frases estropeadas,  
de años por delante  
repletos de monotonía y de  
desgaste.

Ahora frente a las  
paredes descuidadas,  
entre vasos sucios  
que si los muevo  
ejércitos de insectos  
se alborotan,  
carezco de palabras.

Mañana  
será la despedida,  
pérdida de la infancia,  
recuerdo inmaculado  
que marca la ruptura.  
Pedazo inconsolable  
que hace perderme en laberintos,  
expediciones, en promesas de ayuda  
que nunca he de cumplir,  
caminando senderos delirantes,  
paisajes extraños

perdidos otra vez  
en esta amnesia convenida  
que me guarda y me distrae  
de esta desesperación  
a fuego lento.

Cuántos lugares he perdido,  
cuánto tiempo merecedor de algún recuerdo,  
cuántos trapos  
pegados a palabras,  
disolviendo  
la confesión exacta,  
el malestar, el miedo.  
Para qué merodear  
los escondrijos donde quedaron  
los papeles en blanco.  
No tuve miedo en los montes  
cuando ordenaron darle lustre  
a las legumbres,  
sentada  
sobre el trozo de los troncos,  
contando los castigos,  
lavando el tubérculo carnoso  
que todos comeríamos.

Escapadas en el mundo  
de secuelas prohibidas,  
las calles  
cercándome en la cita,  
llegando cada una por su lado,  
respiración sobrecogida,  
espasmódica,  
te quiero así, temblando.  
Tieso el deseo de aprehensión,  
tantos ojos mirando,  
acosando el espacio,

mis labios temblando  
por la incisión de  
no poder amarnos.

La Habana sabe a guagua sudorosa  
cuando pierdes las cuerdas y caminas  
resignada a la obediencia  
entre pasando monumentos a los héroes  
que están siempre al acecho.

Me senté en ese mármol frío  
a pasar la noche desafiando  
la fiebre y el ácido del cuerpo.

El uniforme  
de patético verde,  
botas desgastadas,  
medias con sus huecos y  
tirantes aguantando  
un alma que perdió sus partes  
entre el Malecón y las calles de la Rampa.

¿Y qué vino después  
de los silencios,  
de las resignaciones,  
de las admoniciones  
después de los suicidios,  
los fusilamientos  
y desapariciones?  
Amigos y fantasmas,  
recuerdos del vacío  
donde conocí los rostros  
hervidos por el fanatismo

y esos otros liberales  
alojados en las habitaciones  
privilegiadas de un Country Club cualquiera.  
Un maestro, con su cuadrilla de nosotros,  
nos debe el sobresalto a la poesía.  
Poesía Pura la llamaba,  
dedicada a la  
privilegiada inteligencia,  
promesa  
de una generación perdida  
entre el ómnibus y los aeropuertos,  
entre las estacas y las factorías.  
Ausente  
del espíritu que mueve  
y nos gobierna  
en oficios de magos y virtudes vagabundas.  
¿A dónde fuiste en esa pesadilla  
multiplicada por blancas piedrecitas de la noche  
que te hicieron correr por calles medievales  
antes del tiempo asignado para ti?  
Acorralar el tiempo,  
sus sarcasmos,  
tus ojos negros  
de ironía y pesar,  
regalo del ardid y la locura.  
Sonámbulo y en sombras  
apareces engañado  
con la imaginación de los vecinos,  
del sepulturero que seguías  
o que buscabas

en esas tardes  
de nada cotidiana,  
bastiones de ideales  
que astutamente me perseguirían.  
Soy inútil dijiste  
para toda la actividad del día y de la tarde.  
Lenguas aparecen  
y mi mapa es el cuerpo,  
la retina,  
las ganas de oírte,  
los presagios,  
la afinidad y el borde,  
la sonrisa,  
la sorpresa,  
el domicilio,  
un regalo,  
una oda a la perfidia,  
al testimonio,  
a la anémona.

Discernir,  
volver  
al insomnio pasado,  
volver atrás para entender  
el desafío,  
la luz pura,  
la destreza de lo eterno.  
Apagado el aliento  
convulso al final,  
rodeado de enemigos

resuelves tu sentencia  
tomando el agua  
donde se diluyó el veneno  
repartido entre copos de nieve.  
¿Dónde dejaste el lustre de tu piel de vivo?  
¿Cuándo cambiaste tu foto de ahora  
por el color morado  
de tantas convulsiones?  
¿En qué radica la esencia  
de lo patético?  
¿En qué encargo?  
Me haces presenciar  
la corrupción de tu paisaje.  
¿Por qué tengo que usar la ropa negra  
de alguna escena de teatro?  
¿Por qué me haces asistir  
a esa capilla donde en la caja  
insinúas una tranquilidad que yo no creo?  
Te quedas solo,  
panorama de velas encendidas  
con basura deshecha  
sobre el piso  
y las sillas.

Lo irracional  
y el lenguaje que no hablamos  
acaso ¿podrías descifrarlo?  
El método  
de uñas que se pintan  
en esas conversaciones

de la mano inclinada,  
incinerada.  
Señora Mano con uñas,  
deme un dedo pintado,  
quítese pellejo,  
hazme fina y endeble,  
manos llenas de venas azules como ríos,  
anchas, uñas desvencijadas,  
carcomidas por los pensamientos.  
Mientras te veo trajinar  
con las cutículas  
persisto en el remoto origen  
de ese laberinto en que me pierdo.

Iluminada  
con la piel blancuzca,  
los ojos fijos en el metal  
del horizonte.  
Brújula y compás  
describiendo  
ocasiones y objetos.  
Descubre tu corazón,  
olvídate del resto,  
de las inoportunas arrugas avanzadas,  
las venas de las piernas,  
las fortificaciones y dobleces.  
Absorbe lo poético, el minuto  
que te ha sobresaltado,  
la angustia  
en la palabra,

ese araño del destino,  
el riesgo,  
el paso al infinito,  
a los términos  
donde se abandona toda regla  
y el contrato.  
Merodea la lámpara apagada,  
lo temporal con sus definiciones  
y demonios que anuncian  
el orden, siempre el orden.  
No hay clarividencia en esos días  
de batallas en guerras cotidianas.  
¿Por qué usar la pluma  
cuando sólo bastaría imaginarla?  
¿Dónde estoy?  
En trance a todas horas,  
allá voy al agónico,  
al deber que me empuja  
a mirar el espejo que es un lago,  
que es un río  
que hay que atravesar,  
que me propone llegar  
hasta el final de la escalera,  
al destino indomable  
o a ese portarme bien,  
ser placentera y tenaz,  
dócil, abnegada,  
desprendida y sensible  
a las necesidades.

Aguanta mi domicilio,  
ajusta esas venas y ponte derecha  
porque hay pruebas sobrecogedoras.  
Aquí está la tinta, señala la fuga.  
Aquí tengo el aire que no puedes rajar.  
Aquí tienes la noche que no puedes dormir.  
¿Cuál es el quejido?  
¿Cuál es la sospecha?  
Acuéstate, levántate, no duermas.  
¿Qué pasará cuando todo sea silencio  
y estemos separadas por las diferencias?  
Tienes que irte o me voy.  
Si te vas, te sigo.  
Estoy al borde del abismo.  
Arrímate a mi pecho.  
La ansiedad no me deja dormir.

Se vio llegando al aeropuerto sórdido como las noches invadidas de sombras. No podía vestirse. Trató de ordenar la ropa y no pudo. Tengo que sentarme. De todas formas, tengo que vestirme. Ya tengo el pasaje y me están esperando. Cualquier cosa, cualquier camisa, los zapatos. Tengo frío. Todo lo que pueda imaginarme es poco. Tengo al frente la maleta. No es la misma que traje. Aquella la boté enseguida. Estoy atolondrada. El más pequeño error en el pasaporte, un nombre mal puesto en cualquier papel me puede rendir sospechosa. Todavía quieren que les lleve regalos. Como siempre, se han salido con la suya. Me tienen de vuelta, en sus manos, moribunda, empequeñecida y muda. ¿Cuál será el aparato que tendrán listo para mi demolición? ¿Cuánto tiempo hace que estoy acá? No me acuerdo. He perdido la memoria. Registrarán todas mis pertenencias. Uno a uno todos los recuerdos serán interrogados. Los aeropuertos me perturban. Me dan miedo. Entrar en ellos, no poder salir de ellos. Tengo que mantenerme rezando. Eso sí, el corazón aguanta. Aguanta palos, corazón. Rájate que me harás un favor grande en este momento. Pero el corazón es un escorpión más que te echa en el mar lleno de guijarros. Tengo un dolor implacable. Nadie lo sabe. Yo no puedo ir a ese lugar, si entro no me dejarán salir. Mis peores pesadillas se aúnan todas al presente. Estoy presente para encarcelarte. Que todos sepan que si no regreso no es porque soy culpable. No, no he hecho nada malo. Algo malo debes haber hecho. Mírate. Me miro. Mírate en ese espejo. ¿No te da vergüenza tener el pelo tan corto? Si me creciera durante el viaje. Pero el viajecito dura solo un par de horas. Ojalá que el pelo se me caiga por completo. Les diré que es la quimioterapia, que estoy enferma. Que todo este tiempo lo he pasado enferma, extrañando las palmeras,

los cocos, el agua del Cienfuegos Yacht Club, el olor a salitre, el azul transparente del mar. En la baranda pasaba el tiempo contemplando el agua. Hay mucho mar en Cienfuegos. En la mazmorra que te meteremos, niñita, te crecerá el pelo. Tendrás agua para jugar. Veinte años más de juegos y rejuegos. Nadie te reconocerá cuando salgas de aquí. Todo el mundo estará muerto y para entonces estarás en el laboratorio y no te acordarás que tuviste otra vida, otra vida en otro país. No sabrás que tuviste pasado, estarás en las mismas, tratando de obtener memoria, desesperada, dando brincos en la jaula, clamando por recuerdos. La oscura noche, el descenso ya llega. Aparecen las furias: Bartolo, Cuco y Sergio. Cuco tiene una verruga que en cualquier momento explota, lanza unos grititos y me da pellizcos en la nalga. Cuco, el bromista del pueblo, el casadito con Haydee la flaca. A Bartolo es el que le toca quitarme los pantalones y a Sergio, ponerme los improperios. Ahora que los tengo frente a frente no les tengo tanto miedo. Sergio tiene una pata podrida. Ha sufrido tanto que es posible que tenga conmiseración de mis riñones. Nunca sospeché que yo terminaría en este lugar a merced del pasado. A la memoria hay que darle patadas. El pasado siempre vuelve. En realidad, no vale tanto, es una noche como hoy, qué más da acá que allá, siempre estará el aparato, el cajón donde entras y empieza todo a moverse. El que vaya o no vaya no cambia el hecho de que mi cuerpo tiembla. Las maletas que llevo tienen flores húmedas, arroz cálido para pájaros que no vuelan. Silenciosa vas y vienes deshaciendo las maletas en el vaivén de qué encontraré. Solo el amor abre las rejas. No dormiré, ya lo sé. Óyeme: no hay vigilantes.

**D**espués de *Los mangos de Caín*

llegaron las camas, el reposo  
y esas convulsiones inducidas  
por mis carceleros,  
mañanas de anodinos  
pacientes ratificaban  
mi enfermedad.

Cada día la inyección de azúcar  
me transportaba al penúltimo  
escalón hacia la muerte.

Padeciendo mortal bilis  
preguntaba: ¿El árbol dónde está?  
Sí, el árbol de la vida.

Un día óptimo entre grises mareas  
en la casa que nunca fue la casa,  
encontré el manuscrito,  
y era yo, ofreciendo  
hojas de laurel  
y mangos al Señor.

Fue la locura de Caín  
quien oyó a la serpiente con voz de mujer  
y el cuerpo de mi madre.

Rezagada en las cuevas de Nemi,  
en los bordes y esquinas de la luna,  
pasión con herméticos mantos,  
incomprensible, su rumbo  
olvidado por las generaciones  
se advierte tras el velo.

Abel plantó en la noche desconfianza.  
El plasma del terror fructificó en el fango.  
Le agradecería al Señor, a Santa Bárbara Macho,  
el afilado vidrio que penetra los huesos,  
manzanas adornando el intestino en bruces,  
ostras, carne fresca, el vino y el tabaco.  
Un trapo en la boca enmudece a la víctima.  
Sin cáscara sus ojos rebotan en las piedras.  
Abel, ágil, amarra las dos patas,  
las separa, las engancha  
en anzuelos y alcayatas  
en el baño cuajado de cigarras  
y sapos.  
Sórdido yace  
el lacerado cuerpo.  
Decrezco, me vuelvo  
gelatina, espejo.  
Vaciada en el ánfora,  
la envidia de mi hermano  
demarca la línea  
entre el cuello y mi rabo.  
Abel me arranca la garganta  
y me voy en un quejido ronco  
de horas, de años, de décadas  
y siglos dilapidados por los chorros  
que pintan la tierra de rojo exuberante.  
El cubo se llena, el cubo se desborda.  
Abel lame la sangre y sale victorioso  
hacia el paraje y la tribuna.  
Sucumbo al hedor de membranas

y venas que se escapan del torso.

El perfil de un único testigo

disfraza el orden del poema:

Nada de intervención ni lucha.

Ahora pertenecemos

al magnífico príncipe

del trueno y de la luz.

La casa está cerrada,  
oye a la lluvia  
respirar contra el piso.  
Espero como siempre  
sin esperar a nadie.  
Espero mis latidos  
con ganas que vislumbren  
a las apariciones.  
La lluvia contiene mi insistencia,  
mis agravios persisten en la queja.  
Espero al enemigo agazapada,  
jugando a quién  
se rendirá primero.  
Siento el ruido de los pasos  
en mis huesos,  
en la dificultad de cada uno,  
en ese movimiento equivocado  
que traiciona.  
Ahora voy hacia afuera  
deseando estar adentro.  
Espero como esos animales  
que no saben hablar de sentimientos,  
que buscan un pedazo de algo,  
que no saben  
mitigar el dolor en el abdomen.  
La noche se abalanza  
hacia la lluvia  
monótona, severa, injusta.  
¿Qué soy en esta bruma?  
¿Semilla enterrada que se hincha,

larva que el agua no soporta?  
¿Soy sonido o temblor?  
Un ente separado  
que araña la cal  
de las paredes  
con su ruido.  
Estoy en estos filamentos  
de las gotas,  
percatada de que en cualquier  
momento mis fantasmas podrían  
concretarse.  
Hoy es Trotski,  
su perra Maya,  
la aurora,  
el agua empantanada,  
la carta que llega  
y no respondo,  
un sinnúmero de sueños,  
el amor a los perros,  
ese agarrarlos contra el pecho  
y cuando mueren  
encargarse una  
hasta el último  
detalle  
y destello.  
Parto  
y pérdida,  
la reducida piel, los otros ojos,  
inevitable calvario de la espera.  
Por más que quiera olvidar

las horas, la monotonía del día,  
me despierta el ruido de la lluvia,  
el movimiento de las hojas,  
la caída del papel al piso,  
la posible llamarada  
prendiéndose en un fuego,  
la falta de voluntad  
que informa lo imposible.  
Como un árbol marcado  
esperando la herida  
estoy ya sin moverme.  
La herida que no cierra,  
que circula en el cuerpo,  
que demarca viajes,  
peripecias y olvidos.  
No me acuerdo de tu nombre.  
¿Dónde has ido?  
¿Hacia el paraje donde el bosque  
termina, escapando  
mis tormentos?  
El alba te cura cuando muere,  
el sol te aliviará cuando aparezca,  
el canto de las ramas  
apuntará la herida  
en que me escondo.

Nunca existirá el orden  
en mi campo de oficio.  
Nunca podré transformar este cuarto  
en algo iluminado y nítido.  
Estos pisos me han visto  
esperanzada,  
han seguido mi historia,  
se han dejado tocar  
por mis caricias.  
Sin embargo, ahora,  
están en plena guerra.  
Me hacen jugarretas y conspiran.  
Dejan nacer las ilusiones  
y al rato un tiro de escopeta,  
una granada.  
Ahí defecó la perra.  
Ahí vomitó el gato enfermo.  
La escoba resiente mi furia.  
Huele mal, un tanto repugnante.  
La lavo,  
la aseo, la acicalo  
y me topo con ese lavadero  
repleto de latas de pescado,  
latas de hígado,  
pedazos de papel mojado corrugado  
con ese criterio de las marcas en ventas.  
Miro al frente:  
cientos de texturas  
mugrientas  
a punto de insultarme.

El piso está embarrado  
de salsas saboteadas.  
El refrigerador es un tesoro  
de paquetes que no abro.  
Zanahorias verdosas,  
protuberantes ojos  
de papas aburridas  
que miran de soslayo.  
Alguna mosca yace  
dentro del congelador  
muerta de frío.  
Le digo al café o  
a cualquier fantasma que lo sirve  
que de paso me traiga las pastillas.  
Dos para despertarme.  
No confío en este yo de casa,  
este yo de limpiezas diarias,  
de esfuerzos sin cadencias,  
omnívoro.  
Tomo pausas,  
me adapto a las nuevas circunstancias,  
sostengo mis libros sobre el pecho,  
mientras limpio los miro,  
la ilusión de leerlos,  
desencanto diario  
de unas pocas páginas cansadas.  
Estoy en Elabuga,  
comienzo por el final, despego.  
Estudio todos los ángulos,  
varios puntos de vista,

y me entra esta vivencia  
de que he estado en esa habitación  
con la gran Marina Tsvetáieva.  
Prepara la sogá y el anzuelo  
como si estuviera remendando  
calzones a su hijo.  
Está ya del otro lado.  
Ha escrito el último capítulo  
y se encuentra  
con el papel en blanco.  
Una tarea más.  
Quizás no sea hoy,  
quizás su taza aún no se ha llenado.  
La veo en la desnudez de los destinatarios,  
en el silencio rondando su estatura,  
pensando qué banquillo usar  
para patear el aire  
y quedar como ropa ultrajada,  
añeja, descolorida.

Trenes aparecen  
con la velocidad del tiempo,  
repletos de basura,  
de cartas, de llamadas  
inconclusas, de notas  
y teléfonos rotos.

Trenes ciegos  
apaleados por el aire  
con peste de algún muerto,  
de orín  
y desgajadas heces.

Domingo en Queens,  
en Brooklyn  
y en Manhattan,  
en blanco la mirada  
paseando por un parque  
sin sensación  
ni gusto  
donde caen edificios  
frente a mí  
sin memoria.

Ese llegar acá  
y cambiar una vida  
por orden de la muerte.

Ocho horas  
acarreando de un lado  
a otro cajas vacías,  
llenando cada caja  
con un escalofrío.

Tanto pesimismo

sin tregua,  
y sin avance.  
No sé quién soy  
despierta ni  
dormida.  
Me rindo.  
Lo extraño  
y la igualdad  
se juntan  
en las cajas,  
dándole a pedales,  
cosiendo amorfas  
telas.  
Encontrar algo de  
humanidad, una pluma,  
un lápiz o la humedad en los ojos.  
Arrea, arrea.  
Una mula,  
un animal desconocido  
estacionado en un planeta  
donde no se respira,  
masticando tarjetas  
y firmas  
sin ser yo.  
El tiempo inscribirá  
yo fabricados  
en la historia,  
viviendo entre los bordes,  
siempre pisando en falso,  
a punto de caer

por la pendiente.  
¿Hasta dónde,  
destino,  
me acompañas?  
Ropas baratas  
compradas por un dólar  
y centavos,  
regaladas,  
despreciadas por alguien,  
abandonadas ropas  
que me amparan  
en la desolación.  
Muebles y colchón  
desprendidos de calles  
rehacen mi vivienda.  
¿En qué mancha yo vivo?  
¿En qué álbum de las manchas  
del colchón?  
El tormento  
de cada mañana,  
ir a un lugar donde el gesto  
resalta mi extrañeza.  
Se ríen.  
Se ríen del acento,  
del mal hablar,  
de las fronteras.  
Se burlan de la que arregla cajas,  
la cajetera que pedalea  
y casi pierde un dedo  
en esa otra máquina

donde la aguja hinca  
sin compasión.  
Remendando telas sordas  
nerviosa frente a la jefa  
que ordena  
con los ojos,  
arrea, arrea.  
Una habitación sin aire  
esperando que llegue la hora  
de marcar la tarjeta.  
No soy yo, detente.  
Recuerda la palidez,  
la mortandad,  
el miedo o la aprehensión  
de ir a ese lugar  
de féretros y morgues,  
de caminos exactos,  
de grises y paletas  
de gris claro,  
gris de huesos.  
No puedo.  
Tácita mañana  
en que me quitan la piel  
y me disfrazan con pelucas  
rubias o rojizas,  
mudándome  
a paredes endebles  
de cartón.  
Me han vaciado como  
si estuviera yo compuesta

de trapos inservibles  
que hay que quemar  
cuando la hora llegue.  
Soy la escoba,  
un forastero escobillón  
en esa fábrica  
suicida.  
Un tren cerrado  
lleno de ratas  
para la travesía.  
Partir en un tren  
agujereado por olores  
de cebolla, rancidez  
y sinus.  
Siniestro almacén.  
Esclavos nadando  
sin brazos,  
ahogándonos  
en el mar quieto  
de la espera.  
El domingo me acerca  
a un reloj despiadado,  
a una hora más que pasa.  
La alarma del reloj  
y esa desesperanza,  
esa estación del tren  
dispuesta a recogerme  
aunque sea  
para mi disección.  
Factoría de cajas

halándome del cuello,  
entumeciéndome el tufo  
de la nada.

No hay consecuencias,  
nadie ha de regañarme  
cuando me tiendan en la mesa  
y analicen mis partes.

Nadie puede apaciguar  
el aire  
ni abrir  
las ventanas.

Domingo,  
¿por qué llegas?  
Si el tren se detuviera  
aunque fuera en un hospicio.

Horas y horas  
gastadas,  
días rogando permiso,  
tirada a los pies  
de una orden,  
de las estructuras,  
pidiendo perdón  
a un vaivén que no es  
mío,  
doblándome ante  
las gigantes linternas  
que persiguen,  
que se yerguen  
y escrutan  
mis deficiencias.

¿Tuve un nombre?  
¿Un apellido?  
¿Una dirección completa?  
Solo soy un cadáver vivo  
que abre sus ojos dentro de las cajas  
en esta fábrica de trenes,  
en este tren amargo,  
en este charco de agua.

Si la gente supiera  
cuánto he necesitado  
una palabra verdadera.  
¿Quién acá o en esa orilla,  
imagina el espacio  
donde duermen las moscas,  
donde echan a esos que han hablado,  
que protestan, que se ahogan?  
¿Quién imagina el intercambio  
de palabras diarias, la revuelta,  
el miedo a perder los dientes,  
los pocos que ya quedan?  
¿Acaso existe ayuda para ese  
que se prende a los barrotes,  
que no puede escribir cartas  
porque le han prohibido  
el papel y la pluma?

En tu carta mencionas  
que se derrumbó el techo del edificio,  
que mató al perro del vecino.  
Mi hermana, lo único que nos dio tiempo  
fue a persignarnos y bajar las escaleras.  
Solo pude salvar  
el carnet de identidad  
y la libreta.  
Sigue escribiendo  
con tu afán de globos y países  
sin importarte nada.  
Me dirás, imagínate aquella burocracia,

ese monstruo quimera, dragón medieval,  
que hiciste lo que pudiste,  
dijiste lo que te permitían,  
que te apena la muerte de ese  
que del nombre no te acuerdas.  
Si supieras cuántas veces  
he tratado de salirme de estos huesos.  
Los datos existen en la comisaría del estado  
donde declaré medio dormida  
que el Benadril no mata,  
que la tinta roja no mata,  
que las pastillas no matan  
al que quiere vivir.  
Hay que tener una voluntad de hierro  
porque no hay posibilidades.  
Como una deuda que no puedes pagar,  
a pesar que los usureros te llaman diariamente  
y miden tu pulmón en una pesa,  
esperas la decisión.  
Pero, ¿cómo calmar esta ansiedad  
este miedo, esta picazón constante?  
¿Cómo ahogar esta jauría en la cabeza,  
este hacer y deshacer diario,  
esta falta de sueño?  
¿Cómo puedo quitarme  
esta idea de que estoy de más,  
que sobro?

Once horas,  
un dólar por hora,  
día y noche.  
Hay que limpiar,  
fregar,  
preparar el desayuno, el almuerzo,  
la comida, llevarlos al médico.  
La niña se esconde debajo de la cama,  
el varón se pasa el día llorando.  
¿Quién me trajo  
a la cueva  
de este ciego?  
Yo que necesitaba curarme las heridas  
porque los viajes son como las guerras,  
uno llega al otro lado con roturas  
y remiendos,  
tengo que ser testigo  
y limpiar  
hemorragias ajenas.  
Ver de lejos, ver de cerca.  
El ciego huele todo.  
La mano delicada  
busca apoyo.  
Nula su mirada,  
escucha.  
Voz lastimera  
que ha perdido  
el poder  
de las palabras.  
Jugamos en la arena

a construir pirámides.  
El niño rubio y flaco,  
tan endeble,  
con pantalones cortos,  
su padre ya le grita,  
compórtate como un hombre.  
Un día en la playa  
con nuestros desajustes,  
aleteamos el mar  
lastimando las olas.  
¿Quién los llevará mañana  
hacia la densidad del bosque?  
¿Cuál era el nombre de la niña?  
¿En qué esquina el niño pálido y rubio,  
está llorando?  
Era fácil servir el desayuno,  
tan difícil oír los monólogos agrios.  
Siempre hay alguien que se va y nunca vuelve.  
El miedo a que nos perdamos  
en el mar o en la lluvia,  
en el rencor o el camino.  
¿Quién dictamina cuándo uno respira?  
¿Cuántas extremidades faltan para separar los cuerpos?  
¿Cuántas camisas de fuerza para explicar  
lo que es beneficioso, lo mejor para todos?  
Otra vez ordeno la maleta.  
No quiero ver el ómnibus que ha de trasladarlos.  
No quiero presenciar las filas  
donde unos van a la derecha  
y otros, sin remedio,

hacia la izquierda.

Ojos de zozobra, encharcados  
fragmentos de una risa nerviosa  
que se desintegra.

¿Qué pasos siguen los perdidos?

¿El de ese animal que separan de la madre,  
que lo funden en un experimento,  
que resguardan en la esquina  
de un laboratorio, en una jaula,  
para obtener esa sabiduría  
de papel y olvido?

Serios escrudiñan  
el sabor de la pena.

Me voy.

Mi *role* ha terminado.

Una interpretación más  
en la nave teatral  
de solitarios remos.

Rompecabezas y calcomanía.

Es cierto que también terminaré en una casa  
de alguna ciudad extraña  
donde me pondrán pañales y me darán compotas  
y se reirán

porque pareceré un niño con la cara estrujada.

Claro que vendré a visitarlos.

Claro que los invitaré a mi casa  
y que patinaremos en el hielo.

Nos escribiremos.

Pero no es así.

No guardaré postales

ni cartas ni direcciones  
ni teléfonos.  
Los romperé en el aeropuerto.  
Es demasiado peso  
para mi maleta.  
Usaré las frases convenidas.  
Parientes míos no eran,  
él era un majadero.  
Llega el día.  
Trunca garganta.  
Confundo la emoción con  
distrainimiento.  
Tartamudeo,  
trago en seco.  
Me voy al Norte.  
La nieve  
y el frío  
algún día  
nos volverán  
extraños.

Cuando creí que ya me había olvidado  
de las imágenes del *ghetto* de Varsovia,  
de macilentos cuerpos  
maltratados,  
cuando creí me había olvidado  
de cómo les ataron los tobillos  
y las manos,  
y desnudos  
fueron arrojados en las fosas  
turbulentas  
de lodo,  
llegaron las fotos  
de esos infelices  
que murieron de frío.  
Cuando me disponía  
a tomar el avión para encontrar  
el territorio del futuro,  
me han puesto al frente estas imágenes  
de estrujados cartuchos  
que pudieron ser tú o yo  
o uno de ellos  
con quienes yo jugaba a las muecas en Mazorra.  
Cuando apenas me olvidaba del olor a gas  
o de las filas de seres indefensos que rezaban en cuclillas  
o de sus cuerpos sin vida  
inermes en la sala  
adonde entraron aterrados,  
descubro tu cara revirada y sin rasgos.  
Apenas colocando mi maleta de viaje,  
en la extrañeza de esas aportaciones

de la imaginación,  
llegaron las imágenes.  
Me prometieron que  
las maletas llegarían,  
que seguirían mi rumbo  
detrás de las asignaciones  
y las líneas o colas como en Cuba se llaman.  
Entramos dócilmente al camión  
y fue ahí donde nos dejaron.  
Reconozco tu foto.  
¿Cuántos años  
para hacer de tu rostro  
una máscara de cal  
pidiendo auxilio?  
¿A qué nivel de una tarde cualquiera  
me has traído  
cuando ya me había olvidado  
del orden impuesto en Birkenau  
o en Auschwitz?  
¿Tendrá alguien la imaginación  
de descartar el orden  
y ver el caos en ese planeamiento  
de la infamia?  
Yo conocí el cadáver  
con blancas sogas en las manos,  
reposaba ya quieto  
con su tarjeta de identificación,  
desnudo, tapándose la pelvis,  
un noble gesto de pudor  
ante la muerte.

Yo lo conocí, hablábamos.  
Me enseñó su encía protuberante,  
los dientes amarillos que le ardían.  
Viendo pasar esas maletas  
por la rampa pienso  
en aquellos judíos que hicieron  
lo inimaginable.  
¿Qué harías tú si un día  
tocarán a tu puerta y te dijeran recoja la maleta?  
¿Tendrías tiempo de tragar el veneno  
que escondiste por si el momento llega?  
Debe existir alguien  
que no pudo aguantar la pesadumbre  
diaria de estos seres.  
Sí, alguien que existe en Sobibor  
o en las afueras del Cotorro o de Treblinka  
que haya derramado una lágrima cuando Carlos  
fue tirado del camión al hueco  
sin apenas un trapo cubriéndole los ojos.  
Y tú, ese otro sin nombre,  
¿qué gritos diste que aún  
reverberas en mis sueños?  
¿Qué gesto de entrega me has confiado  
para yo recordarte en un poema?

**E**l amor escapa,  
las palabras se vuelven callejeras  
y cansadas,  
se distribuyen en otros hallazgos,  
en el día ocupado,  
en trincheras diarias.  
Sientes cómo huye aburrido,  
te deja abandonada,  
no atiendas la intención  
ni la bocanada de aire que se va  
con él hacia otro lado.  
¿Dónde vas?  
¿Dónde estoy?  
¿En qué árbol?  
¿En qué bosque?  
¿En algún sentimiento,  
en el verde,  
mirando en la ventana  
todo cubierto de nieve?  
¿En una nota  
que rasga algún recuerdo,  
algún camino, algún paseo  
cuando sentiste otro  
que no es nadie  
pero que está  
acompañando tus pasos,  
ese yo pero gigante  
oliendo asfalto?  
Flotar en el espacio,  
imaginar el lado de algún río,

el principio de la noche,  
no tener que volver  
a ningún sitio.  
Yacer ensimismada en ese espacio  
donde la luna abierta  
dejará sus pedazos en el agua,  
y no pensar nada  
sólo en ese puro espacio  
de luz aguardándote.  
Es hora de irse,  
de apagar las luces,  
fijarte aunque no quieras  
en lo que has de usar,  
en lo que tendrás que llevar  
aunque no quieras.  
En las fotografías que puedan juntar  
la historia de tu vida.  
¿Qué colocar en este cuadrado de maleta?  
Una sola dijiste o dijeron.  
Todavía es mucho para cargar un rato.  
Antes de irte  
escoge un libro o quémalos todos,  
no querrán el maltrato  
de otro dueño  
ni ser rehenes de estaciones,  
del frío invernal, de la humedad  
del abandono.  
¿A quién llevas, a quién recoges,  
alguno preferido? ¿Cómo mirar los otros?  
Mira la estancia

por primera vez vacía,  
te velarán como a los muertos  
y en algún instante  
el aire entrará por la ventana que inventaste  
donde viste  
trenes y trenes,  
donde fuiste un pasajero  
caminando con lentitud  
las calles de algún pueblo.  
Dejaste la puerta entreabierta  
y el radio puesto,  
aún engañabas a los que dejabas,  
a lo que quedaba,  
lo que ya no dispones.  
Entre la puerta y la salida a la calle  
está esa escalera estrecha y sucia  
en que alguna vez sentada  
esperabas por las llaves,  
por alguien que abriera las cobijas,  
por un vecino que dijera la palabra adecuada.  
Ahora tus pasos son firmes, apurados.  
Ya no habrá más esperas.  
Todo es fácil porque nadie espera.  
Ya ni siquiera el perro pequeño y negro  
que te acompañaba.  
Un amigo como dicen siempre  
se lo llevó al campo.  
Nadie te espera,  
pero como has decidido  
no montar el tren equivocado,

has inventado personajes que te recibirán  
aunque no quieras en ese improvisado lugar.  
Has evitado despedidas,  
ese círculo de piel y sangre  
que es tuyo y de los otros.  
Les has dado un beso escurridizo  
como esos que se dan cuando corres  
y no quieres ver el horror en los rostros.  
Pero están en la sala, en la gran comitiva  
de tus alianzas, mirándote, están serios  
como en las funerarias.  
Nada miro, nada puedo, esas miradas  
son golpes en el vientre,  
cierro las mandíbulas, algunos adioses  
me sorprenden a pesar que he dicho  
no a las lágrimas,  
brotan de tantos ojos.  
Corro, corro, hasta esconderme.  
Corro a las calles,  
que el viento me atragante,  
áspero viento que rompe las páginas  
que rompa el recuerdo de esos rostros.  
Parto en un jinete rojo,  
un tren que va despacio  
desbaratando postales,  
las viñetas,  
cada paso  
en el pueblo.  
Las puertas se cerraron,  
el olor a esa tranquilidad del día,

a ese tiempo sin fin, eternidad de infancia  
cerró aldabas, el féretro, la caja de pino  
que querías.

Y en qué transporte  
indagas los rostros que quieres encontrar,  
que aún no existen,  
pero que inventarás  
porque necesitas un suelo,  
una llave que abra el corazón,  
que haga olvidar esos recuerdos.

Eres el cero, la nada, un hotel  
deshabitado con luces de neón.

¿Cómo te llamas?

Lo único que tienes es este rostro  
oscuro que se escapa,  
nunca es posible detenerlo.

En este hotel te amparas,  
esta cama manchada de tantas suciedades  
es la nube que te duerme, que da paz.

No hay pasado ni futuro,  
el presente mudo  
donde el alma duele  
me ha dolido siempre.

¿A cuál hospital puedo ir a que me operen,  
a que me saquen el corazón?

Yo quiero otro,  
otro perfumado  
que pueda trasnochar  
ante las luces del hotel de Dios,  
de los desamparados.

Este hotel de gratis  
que debo olvidar en cuanto pueda,  
que no debo recordar ni las horas,  
ni los movimientos extraños del pasillo  
donde creí que moría,  
que no estoy viva, con los nervios veraces,  
con los ojos tan abiertos recibiendo  
lo que siempre he buscado,  
esta verdad que no puede contarse,  
que nadie contaría,  
este hielo tan frágil  
entre la muerte y la muerte,  
este tramo  
que hay que sobrepasar  
porque de no hacerlo  
te encontrarás mañana como el hielo  
en esta cama sin identidad  
y sin nombre.  
Y sí, buscar un árbol,  
volver a la raíz,  
a la simiente,  
unirte a todos lo que como tú  
se preguntan,  
disipar con ellos las astucias,  
con ellos ser total  
porque en sus desolaciones  
está la vida, alguna fuerza  
unida a la esperanza.  
No te necesita,  
se esfuma,

crece sin ti,  
desaparece.  
Se hunde en el hueco,  
en la cueva,  
la caricia que  
nunca pudiste tocar  
se escapa entre los dedos.



## ÍNDICE

Prólogo	7
Tres ajustadores	15
Esta idea de irme	23
Volví	31
Cuántos lugares he perdido	36
Aguanta mi domicilio	43
Se vio llegando al aeropuerto	44
Después de Los Mangos de Caín	46
La casa está cerrada	49
Nunca existirá el orden	52
Trenes aparecen	55
Si la gente supiera	62
Once horas	64
Cuando creí que ya me había olvidado	68
El amor escapa	71



Este libro se terminó de imprimir  
el día 20 de julio de 2012







## editorial **BETANIA**

Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España.

E-Mail: [ebetania@teleline.es](mailto:ebetania@teleline.es) y [ebetania@terra.es](mailto:ebetania@terra.es)

<http://ebetania.wordpress.com>

### RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2012)

#### **Colección Betania de Poesía:**

*La novia de Lázaro*, de Dulce María Loynaz.

*Voluntad de Vivir Manifestándose y Leprosorio (Trilogía Poética)*, de Reinaldo Arenas.

*Piranesa*, de Pierre Seghers. Traducción de Ana Rosa Núñez.

*13 Poemas*, de José Mario.

*Venías*, de Roberto Valero.

*Un caduco calendario, La luz bajo sospecha y Érase una vez una anciana*, de Pancho Vives.

*Confesiones eróticas y otros hechizos*, de Daína Chaviano.

*Oscuridad Divina, Polvo de Ángel y Autorretrato en ojo ajeno*, de Carlota Caulfield.

*Hermana, Hemos llegado a Ilión, Hermana/Sister, Dos mujeres y Volver* de Magali Alabau.

*Altazor acompañando a Vicente, Merla y Quemando Luces*, de Maya Islas.

*Delirio del Desarraigo (2ª ed.) y Psicalgia/Psychalgie*, de Juan José Cantón y Cantón.

*Noser y Sin una canción desesperada*, de Mario G. Beruvides.

*Los Hilos del Tapiz y La Resaca del Absurdo*, de David Lago González.

*Blanca Aldaba Preludia*, de Lourdes Gil.

*Tropel de espejos*, de Iraida Iturralde.

*Puntos de apoyo*, de Pablo Medina.

*Hasta agotar el éxtasis*, de María Victoria Reyzábal.

*Señales para hallar ese extraño animal en el que habito*, de Osvaldo R. Sabino.

*Leyenda de una noche del Caribe, Vigil / Sor Juana Inés / Martí, Bajel último y otras obras y Calles de la tarde*, de Antonio Giraudir.

*Cuaderno de Antinoo*, de Alberto Lauro.

*Poesía desde el paraíso, Cosas sagradas y Resaca de nadas y silencios*, de Orlando Fondevila.

*Memoria de mí*, de Orlando Rosardi.

*Equivocaciones*, de Gustavo Pérez Firmat.

*Fiesta socrática, Versos como amigos y Los silencios del rapsoda*, de Florence L. Yudin.

*Hambre de pez*, de Luis Marcelino Gómez.

*Juan de la Cruz más cerca, Batiburrillo y Canciones y Ocurrencias y más canciones*, de José Puga Martínez.

*Cuerpo divinamente humano*, de León de la Hoz.

*Hombre familiar o Monólogo de las Confesiones y Bajó lámparas festivas*, de

Ismael Sambra Haber.  
*Mitologías*, de María Elena Blanco.  
*Entero lugar e Íntimo color*, de Laura Ymayo Tartakoff.  
*La Ciudad Muerta de Korad*, de Oscar Hurtado.  
*No hay fronteras ni estoy lejos;... Se ríe de esquina peligrosa, ¿Qué porcentaje de erotismo tiene tu saliva?, Una cruz de ceniza en el aliento, Que un gallo me cante para morir en colores;... Y se te morirán las manos vírgenes de mí, No sé si soy de agua o de tu ausencia y La cadena perpetua de nunca olvidarte*, de Roberto Cazorla.  
*Oasis*, de José Ángel Buesa.  
*Versos sencillos*, de José Martí.  
*Voces que dictan*, de Eugenio A. Angulo.  
*Tantra Tanka*, de Aristides Falcón Paradí.  
*La casa amanecida y El invitado*, de José López Sánchez-Varos.  
*Sombras imaginarias, Vigilia del aliento y Sigo zurciendo las medias de mi hijo*, de Arminda Valdés-Ginebra.  
*De Dos que el amor conocen*, de Pedro Flores y Lidia Machado.  
*Rosas sobre el cemento (Poemario de la primera mitad del siglo)*, de Carlos Pérez Casas.  
*Catavientos*, de Lola Martínez.  
*País de agua*, de Carlos E. Cenzano.  
*Desde los límites del Paraíso y Alicia en el Catálogo de Ikea-La noche de Europa*, de José Manuel Sevilla.  
*En las regiones del dios Pan*, de Carlos Miguel González Garrido.  
*La flauta del embaucador*, de Eduarda Lillo Moro.  
*Madona*, de Jaime Mesquida.  
*Poemas a ese otro amor, Desencuentros, Símpatos, Sentimientos y Huellas*, de Víctor Monserrat.  
*Los vencidos*, de Joaquín Ortega Parra.  
*El viaje de los elegidos*, de Joaquín Gálvez.  
*Una suma de frágiles combates*, de Lucía Ballester.  
*Lo común de las cosas*, de Ricardo Riverón Rojas.  
*Melodías de mujer*, de Joely R. Villalba.  
*La gadaña de oro y Jesús, tú eres mi alegría y El hotel de los lunes*, de José Villacís.  
*Amaos los unos a los otros*, de Oscar Piñera Arenas.  
*Numeritos y palabras*, de Roberto Ferrer.  
*Afuera*, de Camilo Venegas.  
*Vendedor de espejos*, de Eliecer Barreto Aguilera.  
*Hasta el presente (Poesía casi completa) y Otro fuego a liturgia*, de Alina Galliano.  
*Fugitivo del tiempo*, de Emilia Currás.  
*Cuba, sirena dormida, Refranero español de décimas y Hontanar. Antología de décimas*, de Evelio Domínguez.  
*La memoria donde ardía*, de Olga Guadalupe.  
*Contemplación. Thoughts and Poems*, de Ileana González Monserrat.  
*Tribunal de sombras*, de Guillermo Arango.  
*Las palabras viajeras*, de Aimée G. Bolaños.  
*Cuba en verso: la isla entre rejas*, de Ada Bezos Castilla.





@ Pedro R. Monge Rafuls

**Magali Alabau**, poeta, nació en Cuba y reside en New York desde 1966. Estudió teatro en la Escuela Nacional de Arte de Cubanacán, en La Habana. Ya en New York continuó sus estudios de Artes Dramáticas. Cursó estudios de Filosofía y Religión en Hunter College. Hasta mediados de los años 80's desarrolló una amplia carrera teatral, como actriz, en las compañías Greenwich Mews Theatre (ahora Repertorio en Español), INTAR, La Mama Experimental Theatre, y, como directora y fundadora, en el Teatro Dúo junto a

Manuel Martín y en Medusa's Revenge Theatre junto a Ana María Simo. Tras retirarse del teatro comenzó a escribir poesía. Obtuvo el Premio de Poesía de la Revista *Lyra* (New York, 1988), la Beca Oscar B. Cintas de creación literaria (1990-1991) y el Premio de Poesía Latina (1992), otorgado a su libro *Hermana* por el Instituto de Escritores Latinoamericanos de Nueva York. Ha publicado los poemarios: *Electra*, *Clitemnestra* (Editorial El Maitén, Chile, 1986), *La extremaunción diaria* (Ediciones Rondas, Barcelona, 1986), *Ras* (Ediciones Medusa, New York, 1987), *Hermana* (Editorial Betania, Madrid, 1989), *Hemos llegado a Ilión* (Editorial Betania, Madrid, 1992), *Liebe* (Editorial La Torre de Papel, Coral Gables, 1993). En el 2011, después de casi dos décadas de silencio, la Editorial Betania, en coedición con el Centro Cultural de Nueva York, publicó su poemario *Dos Mujeres*, con prólogo de la poeta Carlota Caulfield. Sus poemas han aparecido en prestigiosas revistas y antologías en Estados Unidos, Cuba, Europa y América Latina. En la actualidad reside en Woodstock, New York.



editorial **BETANIA**

Colección **BETANIA** de Poesía